ENSEÑANZA SUPERIOR EN EL PENSAMIENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Zenon Cardenal Grocholewski

Summary: Cardinal Grocholewski underlines the extraordinary treasures of spirituality left to us by the founder of Opus Dei, also relating to higher education; for instance, unity of life, sanctification of everyday work in ordinary conditions, and harmony between faith and reason. He underlines the insistence of Blessed Josemaría in striking adequate balance between scientific progress and the safeguarding of human dignity. The service nature of science also stems from the obligation towards truth and good. The university, with its universal task, contributes to mutual understanding between men.

Key words: university, reason and faith, truth, unity of life, scientific knowledge.

Résumé: Le Cardinal Grocholewski montre les trésors spirituels extraordinaires que nous a laissés le fondateur de l'Opus Dei, entre autres, ceux relatifs à l'éducation supérieure : l'unité de la vie, sanctification du travail dans les circonstances ordinaires de la vie et l'harmonie entre la foi et la raison. Il souligne l'effort du Bienheureux Josemaría pour préserver un juste équilibre entre le progrès scientifique et la dignité de l'homme. Ce que l'on demande à la science c'est d'accomplir son devoir de servir la vérité et le bien. L'Université, par son travail universel, contribue à la compréhension mutuelle entre les hommes.

Mots clés: Université, raison et foi, vérité, unité de la vie, connaissance scientifique.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Al aproximarse el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, me resulta particularmente grato poder colaborar con la revista *Pensamiento y Cultura* de la Universidad de la Sabana, una de las muchas iniciativas de educación superior nacidas en todo el mundo como fruto de las enseñanzas y del espíritu del Beato Josemaría.

El Fundador del Opus Dei ha dejado a la Iglesia tesoros extraordinarios de espiritualidad. Baste con recordar su enseñanza sobre la santificación del trabajo y de las circunstancias ordinarias de la vida, que ha puesto la santidad –el empeño en la propia santificación– al alcance, por decirlo así, de todo cristiano, sea cual fuere su condición de vida, su edad, sus circunstancias personales.

En estas líneas quisiera detenerme en un aspecto específico, propio del contexto universitario de esta colaboración. Me refiero a las enseñanzas del Beato Josemaría sobre el trabajo universitario y, más concretamente, al ideal –propio de toda institución educativa de inspiración cristiana– de alcanzar una síntesis profunda entre razón y fe.

Me parece importante subrayar, en primer lugar que esta síntesis fue en el Beato Josemaría, antes que una convicción intelectual, algo "vivido", personalmente asumido como fruto de lo que él acostumbraba llamar "unidad de vida"[1]. Las rupturas entre fe y razón aparecen en el interior de las personas, y sólo posteriormente se manifiestan en determinados sistemas de pensamiento[2]. Quien no consigue, con la ayuda de la gracia divina, su propia síntesis personal, es difícil que no caiga en los conocidos extremos del racionalismo o del fideísmo más o menos impregnado de piedad.

Por contraste, y de modo particular en los santos, se advierte que no existe contraposición entre fe y verdad. La fe es vista como luz puesta por Dios en el alma, precisamente al servicio de la verdad: "obedecer [...] en la fe es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma"[3]. De esta manera, la natural aspiración humana al conocimiento de la verdad es elevada a través de la fe hasta alturas insospechadas, recibiendo la luz que permite encaminar por seguros senderos los anhelos de verdad y de bien[4].

1 Sobre este aspecto de la espiritualidad del Beato Josemaría y su relación con la Universidad, cfr. el estudio de A. LLANO, *Università e unità di vita secondo il Beato Josemaría Escrivá*, en *ROMANA* 30 (gennaio-giugno 2000, ed. in lingua italiana), pp. 112-124.

2 Con palabras de JUAN PABLO II, "la relación actual entre la fe y la razón exige un atento esfuerzo de discernimiento, ya que tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser" (JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, 14-IX-1998, n. 48).

3 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 144.

4 Se lee también en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: "A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero" (Cc. Vaticano I: DS 3017). "Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El Beato Josemaría fue, personalmente, un universitario. Hablando de sí mismo, afirmaba que era "una persona que desde los dieciséis años [...] no ha perdido el contacto con la Universidad"[5]. Añadía que "todo lo que se refiere a la Universidad, me apasiona"[6]. Pienso que esta circunstancia –el hecho de haber cursado una carrera universitaria, la de Derecho– pudo influir no poco en su propia formación humana y en su actitud hacia la Universidad. Comprobó en primera persona lo que pocos años después manifestaría a uno de sus jóvenes amigos sacerdotes, don Fidel Gómez Colomo: "estábamos comentando algún acontecimiento que ahora no recuerdo, y me habló de la necesidad de hacer apostolado también con los intelectuales, porque, añadía, son como las cumbres con nieve: cuando ésta se deshace, baja el agua que hace fructificar los valles. No he olvidado nunca esta imagen, que tan bien refleja ese ideal suyo de llevar a Cristo a la cumbre de todas las actividades humanas"[7].

De este modo, la unión de la propia "unidad de vida" y de la experiencia vital en el mundo de la Universidad y de la cultura llevaron al Beato Josemaría a tener una particular sensibilidad por la santificación de los ambientes intelectuales y universitarios. Su experiencia y su afán apostólico se plasmaron en conceptos muy concretos sobre un ideal de Universidad adecuado a los tiempos modernos en el que el amor a la verdad –y en primer lugar a la Verdad Suma, Dios– abre el camino a un profundo sentido de unidad entre fe y razón.

Como es bien sabido, la Iglesia jugó un papel de primer orden en el nacimiento de la Universidad. Más concretamente, ésta vio la luz en un contexto social e histórico en el que, como fruto de la fe, se consideraba posible buscar y alcanzar la verdad. Los distintos ámbitos del conocimiento tenían en común un profundo optimismo: la verdad es ardua, pero posible.

Por el contrario, el quehacer universitario se disuelve –ha escrito el Cardenal Ratzinger– "cuando el interrogante sobre la verdad, considerado como un problema no científico, desaparece de la Universidad. La Universidad cae entonces bajo la ley del positivismo, convirtiéndose en un conjunto de enseñanzas de diversas disciplinas en las que se desarrollan con demasiadas pretensiones las diferentes especialidades de la razón positivista y del pensamiento funcional"[8]. Con palabras más recientes de A. Llano, "la contraposición entre espíritu y materia, entre verdad y eficacia, entre educación humanística y adiestramiento profesional, es la herida todavía abierta que desangra el ideal universitario"[9].

La Universidad no puede estar ajena a la verdad de la fe, ni más concretamente al, conocimiento teológico. La presencia de la fe en la Universidad no es, tampoco, algo externo o yuxtapuesto. Afirmaba el Beato Josemaría que "la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma –que no se aquieta– si no trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso, la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una

las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son" (GS 36, 2)" (n. 159).

5 *Conversaciones*, n. 76.

6 *Ibid.*, n. 77.

7 A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid, 1997, p. 266.

8 J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología*, BAC, Madrid, 1987, pp. 172-173.

9 A. LLANO, *Università e unità di vita secondo il Beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 117.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones"[10].

En otra ocasión insistía: "salvarán este mundo nuestro –permitid que lo recuerde–, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio"[11].

Al mismo tiempo, una persona de fe puede y debe amar sin complejos, con optimismo profundo, la verdad científica. En este sentido decía Monseñor Escrivá a un grupo de profesores: "sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas"[12].

Esta "prodigiosa aventura" no es ajena a los planes de Dios. Es Él quien ha puesto en el hombre la facultad y el afán de conocer y todas las demás potencias y facultades, con la finalidad última de buscar y alcanzar la Verdad con mayúscula, Dios mismo. Así lo expresaba en otra ocasión el Beato Josemaría: "soy sacerdote de Jesucristo y contemplo con alegría los avances grandiosos de la sabiduría humana. El Señor otorgó al hombre, como prueba de su amor de predilección, el privilegio de ese chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen –si son verdaderamente científicas– a acercarnos al Creador"[13].

La bondad del conocimiento científico tiene, al mismo tiempo, una entidad propia. El mismo Dios, en efecto, es Quien, "por el hecho mismo de la creación, dio a las cosas una propia firmeza, verdad, bondad, propias leyes y orden que el hombre está obligado a respetar, reconociendo el método propio de cada una de las ciencias o artes"[14].

La armonía entre fe y razón, imprescindible a nivel especulativo, encuentra su "piedra de toque" en la vida misma del cristiano, y particularmente de quien se dedica al estudio y a la enseñanza. La fe, en este sentido, no puede ser nunca una excusa para desinteresarse de los problemas humanos. Menos todavía una especie de "tranquilizante" moral que, con el argumento de la prevalencia de los bienes sobrenaturales, abandona la construcción de la ciudad terrena. En este sentido, como es bien sabido, afirmó el Concilio Vaticano II que es misión particular de los fieles laicos "iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin ce-

10 *Conversaciones*, n. 73.

11 *Discurso con ocasión de la investidura de Doctores "honoris causa"*, Pamplona, 9-V-1974. Publicado en AA.VV., *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Eunsa, Pamplona 1993, pp. 105-110.

12 *Discurso con ocasión de la investidura de Doctores "honoris causa"*, Pamplona, 7-X-1967, en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, cit., pp. 87-93.

13 *Discurso con ocasión de la investidura de Doctores "honoris causa"*, Pamplona, 7-X-1972, en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, cit., pp. 97-101.

14 CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, n. 36.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor"[15].

El pasado 30 de agosto, Juan Pablo II recibió en audiencia, en el patio del palacio pontificio de Castelgandolfo, a un grupo de rectores de Universidades y centros de estudios superiores de Polonia. En su discurso[16].

> Afirmó el Santo Padre a propósito de la relación entre fe y razón que "al parecer, ya ha pasado definitivamente el tiempo en que se trataba de contraponer estos dos mundos. Como fruto de los esfuerzos de muchos ambientes de intelectuales y teólogos, sostenidos por la gracia del Espíritu Santo, aumenta cada vez más la convicción de que la ciencia y la fe no son extrañas, sino que, por el contrario, ambas se necesitan y se complementan recíprocamente".

Advertía, al mismo tiempo, del peligro que las posibilidades siempre nuevas del pensamiento y de la técnica se conviertan en objeto de "alienación" que colocan a la humanidad en una "encrucijada".

> Por una parte, es evidente que el hombre está llamado y dotado por el Creador para crear, para dominar la tierra. Es sabido también que el cumplimiento de esta misión ha llegado a ser el motor del desarrollo en los diferentes sectores de la vida, de un desarrollo que debería mantenerse al servicio del bien común. Pero, por otra, la humanidad teme que los frutos del esfuerzo creativo puedan volverse contra ella e, incluso, transformarse en medios de destrucción[17].

En este contexto desempeñan un papel clave las Universidades y demás centros de estudios superiores. La manera de lograr el adecuado equilibrio entre progreso científico y salvaguarda de la dignidad humana no es otra que "la solicitud por el hombre, por su humanidad. Cualquiera que sea el campo de la investigación, del trabajo científico o creativo, quienquiera que aplique en él su ciencia, su talento y sus esfuerzos debería preguntarse en qué medida su obra forja primero su propia humanidad; luego, si hace que la vida del hombre sea más humana, más digna de él, desde todos los puntos de vista; y, por último, si en el marco del desarrollo, del que es autor, el hombre "se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos" (*Redemptor hominis*,15)[18].

En definitiva, se trata de subrayar el carácter de servicio que ha de tener la ciencia. Si ésta "no se ejerce con sentido de servicio al hombre, fácilmente puede subordinarse a intereses económicos, con el consiguiente desinterés por el bien común, o, peor todavía, puede ser utilizada para dominar a los demás e incluida entre las aspiraciones totalitarias de las personas y los grupos sociales"[19].

Del carácter de servicio de la ciencia nacen obligaciones no sólo con respecto al hombre o a la sociedad, sino también con la verdad y el bien. El científico "no es un creador de la verdad, sino su investigador. La verdad se le revela en la medida en que le es fiel. El respeto a la verdad obliga al científico o al pensador a hacer todo lo que está a su alcance para profundizarla y, en la medida de lo posible, presentarla con exactitud a los demás". En relación con el bien, "se puede decir que la autonomía de las ciencias termina donde la conciencia recta del científico reconoce el mal, el mal del método, del resultado o del efecto. Por eso es tan importante que la Universidad y el instituto superior de ciencias no se limiten a transmitir conocimientos, sino que sean el lugar de la formación de la conciencia

15 CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, n. 31.

16 Publicado en *L'Osservatore Romano*, 31 agosto 2001, p. 5.

17 *Ibid.*

18 *Ibid.*

19 *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

recta. En efecto, en esto, y no en los conocimientos, reside el misterio de la sabiduría"[20].

Para terminar, quisiera destacar un aspecto de la misión de la Universidad que considero particularmente importante en el contexto de América Latina. Me refiero a la relación entre trabajo universitario y desarrollo humano y social. La Universidad, en efecto, no puede desentenderse del empeño de todos por lograr una sociedad más justa, en la que todo hombre pueda vivir dignamente. No estoy hablando de problemas políticos o económicos, o de la presencia de la política en la Universidad, temas que no me corresponde tratar. Quisiera subrayar más bien un aspecto que, a mi modo de ver, conecta directamente con las enseñanzas del Beato Escrivá. Se trata de la santificación del trabajo, uno de cuyos aspectos es trabajar bien, es decir, con competencia profesional.

La Universidad tiene en este sentido una misión de contenido formativo que contribuye en no poca medida al desarrollo del país. Nuevamente me parecen especialmente oportunas las reflexiones de Juan Pablo II:

> El origen moral de la prosperidad resulta claro en el curso de la historia. Este se encuentra en una constelación de virtudes: laboriosidad, competencia, orden, honestidad, iniciativa, sobriedad, ahorro, espíritu de servicio, fidelidad a las promesas, audacia: en resumen, amor a un trabajo bien hecho. Ningún sistema o estructura social puede resolver, como por arte de magia, el problema de la pobreza sin estas virtudes; a la larga, tanto los programas cuanto el funcionamiento de las instituciones reflejan estos hábitos de los seres humanos, que se adquieren esencialmente en el proceso educativo dando vida a una auténtica cultura del trabajo"[21].

Con palabras del Beato Josemaría:

> La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así, con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a allamar el miedo ante un futuro incierto, a promover –con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad– la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones"[22].

Más todavía:

> La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública[23].

Pido a Dios, por la intercesión del Beato Escrivá, a quien personalmente me encomiendo, que estos ideales sean cada vez más realidad viva en las iniciativas que son fruto de su espíritu, y particularmente en la Universidad de La Sabana. ■

---

20 *Ibid.*

21 JUAN PABLO II, *Discurso*, 3-IV-1987, en *Insegnamenti*, vol. X-1, 1987, p. 1016. En el mismo sentido afirmó el Concilio Vaticano II: "Sea, pues, principio irremovible para todos considerar y observar todas las exigencias sociales como uno de los deberes principales del hombre de hoy, pues mientras más se une el mundo, más abiertamente los deberes del hombres rebasan las asociaciones particulares y poco a poco se extienden al mundo universo. Lo cual no puede llegar a ser realidad, a no ser que el individuo como tal, y los grupos, cultiven en sí mismos las virtudes morales y sociales y las difundan por la sociedad de modo que se produzcan hombres verdaderamente nuevos, artífices de una nueva humanidad con la necesaria ayuda de la gracia de Dios. Para que los individuos cumplan más fielmente con su deber de conciencia, tanto respecto a su propia persona como respecto a los varios grupos de que son miembros, hay que procurarles con todo empeño un más amplio desarrollo cultural, valiéndose para ello de los considerables medios de que el género humano dispone hoy en día. La educación de los jóvenes concretamente, sea cual fuere su origen social, debe ser orientada de modo que aparezcan hombres y mujeres que no sólo sean personas cultas, sino de fuerte personalidad, tal cual nuestro tiempo los reclama cada vez más" (Const. Past. *Gaudium et spes*, nn. 30-31). Cfr. también JUAN PABLO II, Enc. *Centesimus annus*, 1-V-1991, n. 32; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.407.

22 *Discurso con ocasión de la investitura de Doctores "honoris causa"*, Pamplona, 7-X-1972.

23 *Discurso con ocasión de la investitura de Doctores "honoris causa"*, Pamplona, 9-V-1974.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei